

## Parábola de las diez vírgenes

(LB, 25 octubre 2013)

La parábola está en Mateo 25. Aparece tras el discurso de Jesús relativo a las señales de su VENIDA, en el capítulo precedente. Tiene por objeto nuestra preparación ese evento.

Hay bodas en la Biblia, de principio a fin:

- En Génesis: Adán y Eva (antes que entrara el pecado).
- En Apocalipsis: Jesús —postrer Adán— y su esposa: las bodas del Cordero.

El lenguaje de bodas está muy presente en la Biblia:

- La parábola de los invitados a las bodas que estaban demasiado ocupados: **Mat 22:2-14**.
- “No beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (**Mat 26:29**).

Es un lenguaje nupcial. En la boda judía típica (aun hoy), el novio ofrece vino a la novia. Si esta lo toma, significa que acepta el matrimonio. En ese caso, tras haberlo bebido, ponen el vaso en el suelo y lo aplastan pisándolo, en señal de que nadie más ha de probar ese vino; es un asunto entre ellos dos.

- “Si me fuere y os *aparejare* lugar, vendré otra vez y os *tomaré* a mí mismo” (**Juan 14:3**).

Una vez que estaba “aparejado” el lugar, el novio “tomaba” a la novia y la llevaba allí, a una cámara o habitación, típicamente de noche. En muchos lugares de Oriente las fiestas de bodas se realizaban por la noche. El novio iba al encuentro de su prometida para traerla a su casa. La procesión nupcial iba seguidamente desde la casa paterna de la novia a la del novio, donde se ofrecía una fiesta a los huéspedes invitados.

Imagina un grupo de personas que está esperando en las cercanías de la casa paterna de la esposa. Entre ellas están las diez vírgenes esperando que aparezca el esposo a fin de alumbrar el final del camino hacia la casa de la esposa, y seguidamente hacia la del esposo, donde tendrá lugar la boda y la cena. Al no aparecer el esposo cuando se lo espera, en ese punto se produce una demora. Típicamente no se sabía exactamente cuándo aparecería el esposo. La demora era habitual, lo mismo que hoy.

### *Los protagonistas*

“Vino a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete postreras plagas y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré *la esposa*, mujer del Cordero. Y me llevó en Espíritu a un grande y alto monte, y me mostró *la grande ciudad santa de Jerusalén*, que descendía del cielo de Dios” (**Apoc 21:9-10**).

Aunque en la Biblia se identifica en general a la esposa con la *iglesia* (**Jer 3:14, 20; 6:2; Isa 54:5; Ose 2:19; 2 Cor 11:2, etc**), en **Apocalipsis** (y la parábola de las diez vírgenes de Mateo 25 es apocalíptica, o relativa al tiempo del fin), lo que está representado por “la esposa” no es el conjunto de creyentes *del presente* —lo que solemos llamar iglesia *militante*— sino que incluye a los que vencieron por la sangre del Cordero en toda época.

La esposa del Cordero de Apocalipsis incluye a los finalmente salvos, a su iglesia *trionfante* de toda época. Sólo ella se identifica con la Nueva Jerusalén en el momento en “que descendía del cielo de Dios”. Me refiero especialmente a Apocalipsis 19 y sucesivos capítulos. El caso de las siete iglesias de Asia menor es distinto: aun estando en Apocalipsis, los mensajes a las siete iglesias de los primeros capítulos no tienen un carácter escatológico —relativo al último tiempo—, sino histórico, por lo tanto, se refieren a la iglesia militante correspondiente a cada uno de esos siete períodos.

Así pues, la **esposa** (en Mateo 25 y en Apocalipsis) es la Nueva Jerusalén, la gloriosa capital del reino del Señor, patria espiritual y futura sede de los creyentes que vencieron por la sangre del Cordero en todo tiempo. A la luz del juicio investigador previo a la segunda venida de Jesús, ha quedado determinado quiénes, de entre la iglesia militante de toda época, forman parte realmente de la *iglesia triunfante, única que queda identificada con la Nueva Jerusalén*.

Es, por lo tanto, la iglesia formada por los redimidos de todas las épocas: la iglesia triunfante en toda la historia. En ella no hay imperfección ni defecto. Es una “**iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante**” (**Efe 5:27**). Es “**hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejército con banderas tremolantes**” (**Cantares 6:10**). Refleja perfectamente el carácter del Esposo, y es la única iglesia que puede unirse con él por la eternidad. En las “bodas”, Cristo no se une solamente con los creyentes que vivimos desde 1844. Nosotros somos los *invitados* a asistir por la fe al desenlace de ese acontecimiento, somos la iglesia militante del presente, pero el Esposo no se está uniendo (sólo) en matrimonio con la iglesia militante del presente, sino con la iglesia de Cristo a todo lo largo de la historia, la mayor parte de la cual duerme —reposa en el Señor— mientras se efectúan las bodas en el cielo y nosotros las seguimos por la fe como invitados.

Leemos en CS 479-480:

“Salta pues a la vista que la Esposa representa la ciudad santa, y las vírgenes que van al encuentro del Esposo representan a la iglesia. En el Apocalipsis, el pueblo de Dios lo constituyen los invitados a la cena de las bodas (Apoc 19:9). Si son los invitados, no pueden representar también a la esposa”

Mi forma de comprender esa declaración es la siguiente:

“Salta pues a la vista que la Esposa representa la ciudad santa [Nueva Jerusalén, sede de la iglesia triunfante de toda época], y las vírgenes que van al encuentro del Esposo representan a la iglesia [militante del presente]. En el Apocalipsis, el pueblo de Dios [iglesia militante del presente] lo constituyen los invitados a la cena de las bodas (Apoc 19:9). Si son los invitados, no pueden representar también a la esposa [Nueva Jerusalén, sede de la iglesia triunfante de toda época]”

“La esposa” del Cordero está constituida por la iglesia triunfante de todos los tiempos: la única que habitará la Nueva Jerusalén, mientras que “los invitados” somos la iglesia militante del presente: los que asistimos por fe a las bodas que se están realizando en el cielo.

Las **diez vírgenes**, los **invitados**, somos tú y yo, y el resto de creyentes vivos de la actual iglesia visible. Somos los que hemos de asistir por la fe a las bodas como invitados. No asistimos de forma presencial, pues estamos en la tierra mientras dichas bodas suceden en el cielo. Hemos de aguardar a nuestro Señor hasta que regrese de las bodas (**Luc 12:36**). Posteriormente asistiremos presencialmente a la *cena* de bodas (CS 480).

Mientras que “la esposa” está representada —en la Nueva Jerusalén— como el conjunto de creyentes que vencieron a lo largo de toda la historia, en contraste, los *invitados*, las *diez vírgenes*, representan a la iglesia del presente, la que vive precisamente antes de la segunda venida, sin especial distinción de trigo y cizaña: es la iglesia militante que precede a la segunda venida de Cristo.

Nosotros, todos nosotros, lo mismo que las diez vírgenes de la parábola de Mateo 25, estamos más dormidos de lo que debiéramos, pero entre los adormecidos, unos poseen la debida reserva de “aceite”, mientras que otros carecen de ella.

En la iglesia militante del presente *todos hemos sido invitados* a las bodas, pero no todos vamos a honrar esa invitación. Unos, representados por las vírgenes “apercibidas”, entrarán con el Esposo a las bodas y se cerrará la puerta (**Mat 25:10**). Otros que también fueron *invitados*, llegarán tarde y oirán las fatídicas palabras: “**No os conozco**” (vers. **11-12**).

Resumo de nuevo mi punto de vista: las diez vírgenes —los invitados—, somos la iglesia *militante* del presente, del tiempo del fin, la que ha recibido especialmente la luz del mensaje de los tres ángeles relativa al juicio investigador y el ministerio especial de purificación efectuado por Jesús en el lugar santísimo del santuario celestial para el borramiento de los pecados de nuestros corazones antes que se cierre el tiempo de gracia.

Desgraciadamente, en la iglesia que precede a la segunda venida de Cristo —la militante— no todos venceremos, no todos habremos adquirido el tipo de carácter representado por las vírgenes que contaban con la debida reserva de aceite (el Espíritu Santo). Una parte de nosotros, la representada por las vírgenes prudentes, formará parte de la iglesia *triumfante* y habitará la Nueva Jerusalén (siendo así también parte de la *esposa* de Apocalipsis), pero por ahora somos sólo los *invitados*, los “**amigos del Esposo**” (**Juan 3:29**; **Marcos 2:19**).

Sabemos que otra parte de la iglesia militante del presente no tendrá su reserva de aceite: la representada por las vírgenes insensatas. Esa parte, aun estando aparentemente integrada en la iglesia del presente (militante), y formando parte de los invitados, no formará parte de la *esposa* ni puede estar representada en la Nueva Jerusalén. Esa diferencia no viene dada por una decisión arbitraria de parte de Dios, sino que depende enteramente de la decisión de cada uno (**2 Cor 6:1**).

Para comprender la diferencia entre la *esposa* y los *invitados* —y las diez vírgenes—, podríamos decir que en este último grupo —el de los invitados— “no están todos los que son, ni son todos los que están”. “No están todos los que son”, ya que no están incluidos todos los creyentes de la iglesia a lo largo de toda la historia sagrada. “Ni son todos los que están”, ya que una parte, la representada

por las vírgenes insensatas, no formará parte de la “esposa” que según Apocalipsis se une al Cordero finalmente. En contraste, en la Nueva Jerusalén —“esposa del Cordero”— están representados todos y cada uno de los creyentes de todas las épocas que fueron tenidos por dignos de la vida eterna. Cristo, el Esposo, recibe entonces a la novia, a la esposa del Cordero, representada en la Nueva Jerusalén como capital de su reino, en el momento en que recibe del “Anciano de Días” “el dominio, la gloria y el reino” (Dan 7:14). Leemos en Apocalipsis 21:2-3:

“Yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”.

Es evidente que la ciudad santa no es un conjunto de calles y casas, sino “los hombres”, “ellos”, “su pueblo” triunfante.

Así, mientras la iglesia *triumfante* de todos los tiempos —simbolizada en la Nueva Jerusalén— se está uniendo en el cielo con el Esposo, nosotros —la iglesia *militante* del presente— somos *invitados* a seguir por la fe ese proceso: somos las vírgenes encargadas de iluminar con las lámparas el camino a la casa del Esposo.

## Escatología

Las bodas tienen lugar en el cielo mientras la iglesia del tiempo del fin está aún en la tierra. Por lo tanto, los invitados no asistimos a ellas presencialmente, sino sólo por la fe. Hemos de esperar a que nuestro Señor regrese de las *bodas*, en cuyo momento asistiremos presencialmente a la *cena* nupcial.

“Sed semejantes a hombres que esperan *cuando su señor ha de volver de las bodas*; para que cuando viniere, y llamare, luego le abran. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales cuando el Señor viniere, hallare velando” (Luc 12:36-37).

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque son venidas *las bodas del Cordero*, y su esposa se ha aparejado. Y le fue dado que se vista de lino fino, limpio y brillante: porque el lino fino son las justificaciones de los santos. Y él me dice: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a *la cena del Cordero*” (Apoc 19:7-9).

Al final del juicio investigador tienen lugar *las bodas* (en el cielo). Luego, cuando venga el Señor, tendrá lugar *la cena* del Cordero, a la que asistiremos presencialmente.

Comparación de Apocalipsis 14:7 con Apocalipsis 19:7:

**Apoc 14:7: “dadle gloria” / Apoc 19:7: “démosle gloria”**

En griego se emplea en ambos casos la misma palabra para “gloria”: δόξα.

Ese paralelismo entre las dos primeras partes de los versículos comparados, lógicamente ha de tener su correspondencia en un paralelismo en sus segundas partes:

**Apoc 14:7:** “la hora de su *juicio* ha llegado” / **Apoc 19:7:** “han llegado las *bodas* del Cordero”

Hay una correspondencia entre “la hora de su juicio” y las “bodas del Cordero”. Son dos hechos conectados entre sí (CS 480), si bien el *juicio* precede inmediatamente a las *bodas* (CS 481).

El *clamor de media noche*: “He aquí ha llegado el Esposo, salid a recibirle” de Mateo 25:6 comenzó históricamente junto al mensaje del segundo ángel, en el “*verano y otoño de 1844*” (CS 477-481). Sucede justo antes de la boda, y representa el comienzo del juicio investigador (“la hora de su juicio”), momento en el que Jesús pasó —como nuestro Sumo Sacerdote— al segundo departamento del santuario celestial, al lugar santísimo donde está el arca con la ley y el propiciatorio con la *shekina*.

¿Qué relación tiene un “juicio” con una “boda”? Aparentemente son conceptos bien dispares, pero el hecho es que en muchos países es un juzgado quien valida el matrimonio. Mediante el borramiento del pecado que Jesús oficia desde el segundo departamento del santuario celestial en el *juicio* investigador, la iglesia de Dios es purificada del pecado, lo que la lleva a una comunión íntima con su Señor, que el lenguaje profético describe esa unión como las *bodas* del Cordero.

### *Dos clases*

Las diez vírgenes (todas ellas) representan a la iglesia actual en su estado presente. Las diez han recibido la invitación a la fiesta de bodas. No sólo han sido invitadas, sino que han aceptado la invitación. Si bien todas se durmieron, quedan establecidos dos grupos, ya que el relato dice:

“Cinco de ellas eran **prudentes** y cinco **insensatas**” (Mat 25:2).

Declaración problemática humanamente hablando, pero la Biblia no presenta una zona intermedia o indeterminada. Aunque nosotros somos incapaces de discernir, pues sólo Dios puede hacerlo (2 Tim 2:19; Mat 13:24-30), llegará el tiempo en que Dios permitirá que se haga evidente en qué grupo está cada uno por propia elección personal.

“Entonces os volveréis y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve” (Mal 3:18).

El contraste no puede ser mayor.

“El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lucas 11:23).

Jesús se refirió en otras ocasiones a esa misma diferencia entre el *prudente* y el *insensato* en estos términos:

“A cualquiera, pues, que me oye estas palabras y *las pone en práctica*, lo compararé a un hombre **prudente** que edificó su casa sobre la roca... Pero a cualquiera que me oye estas palabras y *no las practica*, lo compararé a un hombre **insensato** que edificó su casa sobre la arena” (**Mat 7:24-26**).

En cierta boda multitudinaria, se cuenta que un niño de unos 13 años había recibido el encargo de preguntar a cada invitado si venía de parte del novio o de la novia, evidentemente para efectos de ubicación. El niño se dirigió a cada uno de los invitados cuaderno y lápiz en mano, con la pregunta: ‘Perdone... ¿usted de parte de quién está?, ¿del novio, o de la novia?’ Jocosamente como pueda parecer, lo cierto es que sólo hay dos clases de vírgenes: unas son prudentes, y las otras insensatas, y sólo las prudentes están realmente “de parte” del Novio. ¿De qué grupo estamos formando parte?

## Demora

“Vengo pronto” (**Apoc 3:11; 22:7 y 12**).

Jesús lo afirmó hace ya más de dos mil años. Dos mil años puede parecer mucho, pero ciertamente no son mucho para Dios (**2 Ped 3:8**). Y para cada uno de nosotros, individualmente, es siempre “pronto”: como máximo el tiempo que dura una vida, que según la Biblia es como “un soplo” (**Sal 62:9**). Por otra parte, en comparación con la eternidad, cualquier lapso en la historia de este mundo es “pronto”, aun si el regreso de Cristo se demorara un siglo más, lo que ciertamente no queremos ni esperamos.

“¿Quién es, pues, el siervo fiel y *prudente*...? Bienaventurado aquel siervo... Pero si aquel siervo malo dice en su corazón: ‘Mi señor tarda en venir’...” (**Mat 24:45-51**).

Jesús dijo claramente que existía el peligro de que alguien pensara “en su corazón” que su venida se tardaba. Eso tendría como resultado que el Señor vendría para él de forma inesperada y repentina, “a la hora que no sabe” y ciertamente ese no resultaría ser un encuentro feliz.

Mediante la demora, el Señor suele probar la solidez de nuestra fe, de nuestro compromiso con él.

Hay en la Biblia otros casos de demora:

“Al ver el pueblo que Moisés *tardaba* en descender del monte, se acercaron a Aarón y le dijeron: —Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque a Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido” (**Éxodo 32:1**).

Ante aquella demora, el pueblo de Israel comenzó a adoptar la adoración propia de las religiones falsas de las que habían sido apartados, la falsa adoración propia de los pueblos paganos que lo rodeaban. La demora lo probó, y fue “hallado falto”. Perdió la paciencia *cuando* perdió la fe.

“Saúl permanecía aún en Gilgal, y todo el pueblo iba tras él temblando. Esperó siete días, conforme al plazo que Samuel había fijado, pero *Samuel no llegaba* a Gilgal y el pueblo

se desbandaba. Entonces dijo Saúl: —Traedme el holocausto y las ofrendas de paz. Y ofreció el holocausto” (1 Sam 13:1-14).

Sólo un sacerdote levita debía ofrecer el holocausto, y tan pronto como Saúl acabó de ofrecerlo apareció Samuel, quien le anunció que había sido desechado por Dios como rey de Israel por aquella impaciencia / incredulidad / apostasía. No había superado la prueba de la demora, y habría de ser relevado. Su falta de paciencia demostró su falta de fe, y sin fe es imposible agradar a Dios.

“Sabed ante todo que en los últimos días vendrán burladores, andando según sus propias pasiones y diciendo: ‘¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación’” (2 Ped 3:3-4).

Es posible encontrar burladores también dentro de la iglesia. El Señor nos advierte así contra la pasividad negligente y autocomplaciente:

“Cuando digan: ‘Paz y seguridad’, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas para que aquel día os sorprenda como ladrón” (1 Tes 5:3-4).

Se espera que vivamos en un estado de expectación, de alerta. La tardanza es sólo aparente. Desesperar debido a la demora es antagónico con la auténtica fe, según el texto que sigue.

“Aunque la visión *tarda* en cumplirse, se cumplirá a su tiempo, no fallará. Aunque tarde, espérala, porque sin duda vendrá, no *tardará*. Aquel cuya alma no es recta se enorgullece; mas el *justo* por su fe vivirá” (Habacuc 2:3-4).

## Más símbolos

¿Qué representan las **lámparas**? —La Palabra.

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal 119:105).

“El mandamiento es lámpara, la enseñanza es luz” (Prov 6:23).

Pero leer la Biblia sin la asistencia del Espíritu Santo hará poco bien. Es como una lámpara sin aceite: buena como pisapapeles, pero inoperante para alumbrar. Los críticos de la Biblia y el propio diablo “conocen” la Biblia. ¿Les hace mucho bien?

“El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Cor 2:14).

“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63).

¿Qué está representado por el **aceite**? —El Espíritu Santo.

“Samuel tomó el cuerno de aceite y ungió al joven en presencia de sus hermanos. Entonces el Espíritu del Señor vino con poder sobre David, y desde ese día estuvo con él” (1 Sam 16:13).

“Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo” (1 Ped 1:21).

Es vital que tengamos nuestra reserva de aceite: nuestra propia relación personal con Jesús. Él mismo dijo que rogaría al Padre, quien nos enviaría al Espíritu Santo (Juan 14:16). Lo podemos tener ahora “sin dinero y sin precio” (Isa 55:1).

### *Sin reserva de aceite*

Lo que hizo la diferencia es que unas vírgenes estaban preparadas para una posible demora, mientras que las otras no lo estaban. Si es importante la reserva de combustible al viajar en un vehículo terrestre a motor, ¿qué diremos al tratarse de un viaje en avión?

Las cinco vírgenes prudentes han hecho provisión de reserva (del Espíritu). ¿Cómo?:

“Todo aquel que participa de la leche es inexperto en *la palabra de justicia*, porque es niño. El alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que *por el uso* tienen los sentidos *ejercitados* en el discernimiento del bien y del mal” (Heb 5:13-14).

Se olvida aquello que no se ejercita, aquello que no se comparte. Por un tiempo todas las vírgenes tienen una apariencia similar:

- Todas han sido llamadas.
- Todas ellas son vírgenes (profesan una doctrina pura).
- Todas salen a recibir al esposo.
- Todas tienen lámparas (el conocimiento de las Escrituras).

Pero:

“Sin el Espíritu de Dios, un conocimiento de su Palabra no tiene valor. La teoría de la verdad, cuando no va acompañada del Espíritu Santo, no puede avivar el alma o santificar el corazón. Uno puede estar familiarizado con los mandamientos y las promesas de la Biblia, pero a menos que el Espíritu de Dios grabe la verdad, el carácter no será transformado. Sin la iluminación del Espíritu, los hombres no podrán distinguir la verdad del error, y caerán bajo las tentaciones maestras de Satanás” (PVG 337-338).

Es posible “conocer” las Escrituras y carecer de una actitud cristiana, de un carácter cristiano, igual que es posible “guardar” el sábado y no honrar al Señor del sábado.



## Vigilia y sueño

“Tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron” (Mat 25:5).

En la demora hay peligro de que la iglesia se duerma. En la parábola se durmieron las diez vírgenes. Los hijos de Dios estamos frecuentemente dormidos en ocasiones en las que debiéramos estar alerta. ¿Les sucedió eso a los apóstoles? En el monte de la transfiguración:

“Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño, pero cuando se despabilaron, vieron su gloria y a los dos personajes que estaban con él” (Luc 9:32).

En Getsemaní Jesús dijo a sus discípulos que aquel era un momento crítico, que debían velar y orar para que no entraran en tentación. Por tres veces les pidió que despertaran y lo acompañaran en la oración. Tras el fracaso de ellos, les hizo una suave reprensión, mostrando su comprensión al añadir a modo de disculpa:

“El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mat 26:41).

¿Cuándo dijo eso? —En un momento en que la “iglesia” estaba dormida.

“Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Ped 5:8).

Jesús, refiriéndose al día y la hora de su venida, dijo:

“Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la mañana; para que cuando venga de repente no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!” (Mar 13:35-36).

¿Qué hacemos cuando dormimos? —Soñamos. Soñamos siempre cuando dormimos, aunque luego sólo recordemos algunas partes (o ninguna parte). El sueño es una introspección personal y aislada de lo que nos rodea. No trasciende a los demás. Es una pura fabulación, una ensoñación. No se mueve en el terreno de la realidad ni de lo lógico o razonable.

Cuando la iglesia “sueña” (duerme), no se ocupa de la realidad que la rodea, y en lugar de ser un medio, se convierte en un fin en sí misma. Para efectos de lo que interesa al reino de Dios, vive en una ensoñación irreal, que es estéril y dañina. Le parece haberse acercado positivamente al mundo, pero ese acercamiento, en realidad la ha alejado de la necesidad urgente del mundo y de los planes de Dios. Por otra parte, y a nivel individual, muchas tentaciones comienzan “soñando” con lo ilícito.

“No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque nada de lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida— proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:15-17).

Como iglesia necesitamos un despertar, tal como lo tuvieron Santiago, Pedro y Juan en el monte de la transfiguración. Así se refirió Isaías a ese problema del sueño:

“Sus guardianes son ciegos, todos ellos ignorantes; todos ellos son perros mudos, que no pueden ladrar; soñolientos y perezosos, aman el dormir” (Isa 56:10).

Los cristianos debemos velar, no sólo por nuestras almas, sino también por las de los demás. Somos “guardianes” de nuestros hermanos.

### *Paciencia*

‘Vigilia’ y ‘estado de alerta’ no son sinónimos de impaciencia. Dios nos llama a ser pacientes en la espera:

“En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas” (Luc 21:19).

“Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apoc 14:12).

En “los santos”, la paciencia es inseparable de la obediencia y de la fe.

### *El momento aceptable*

¿No os ha pasado nunca que evitáis repostar en una gasolinera a vuestro alcance, confiados en encontrar otra más adelante, para comprobar con preocupación que se os agota la reserva y nunca llega la esperada siguiente gasolinera?

No descuidemos la ocasión de cavar profundamente en la Palabra de Dios, de cultivar una relación íntima con el Señor AHORA. Si el Espíritu Santo nos trae convicción de pecado, no pensemos que podemos diferir la obra de arrepentimos, en la previsión de entregarnos a él más adelante. Recordemos a las vírgenes insensatas.

“He aquí vienen días, dice el Señor Jehová, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar: desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán” (Amós 8:11-12).

Hablando de ese mismo tiempo —finalizado ya el tiempo de gracia—, leemos:

“[si] estuvieran en medio de ella Noé, Daniel y Job, vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no librarían a hijo ni a hija. Solamente ellos, por su justicia, librarían sus propias vidas” (Eze 14:20).

“El **carácter** es intransferible. Ningún hombre puede creer por otro. Ningún hombre puede recibir el Espíritu por otro. Nadie puede impartir a otro el carácter que es el fruto de la obra del Espíritu” (PVGGM 339).

Sólo las vírgenes que tenían ardiendo sus lámparas entraron a las bodas. A las que no tenían reserva de aceite debió resultarles demasiado difícil encontrar almacenes abiertos por la noche, que les permitieran comprar el aceite del que carecían. Se había pasado el tiempo aceptable.

### *Excusas de los invitados*

¿A quiénes se invita típicamente a las bodas? —A amigos y familiares. ¿Quiénes son los amigos de Jesús?:

“Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14).

¿Quiénes son sus familiares?:

“Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mat 12:50).

Las buenas nuevas: Dios te tiene por amigo y por familiar. Jesús nos llamó “amigos”. Al tomar nuestra humanidad y al tomarnos a cada uno, se hizo nuestro pariente más próximo. Dios ha comprado por ti un carácter perfecto en su Hijo Jesús, simbolizado en su manto de justicia. Lo ha hecho a fin de que acudas vestido como invitado digno de tal boda, la boda de los siglos. Ha pagado tu deuda mediante su muerte en la cruz. Te ha dado la lámpara. Te ha dado el aceite. Te ha invitado a las bodas. Te espera. ¿Buscaremos excusas para no responder a su invitación?

“Entonces Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena y convidó a muchos. A la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: ‘Venid, que ya todo está preparado’. Pero todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: ‘He comprado una hacienda y necesito ir a verla. Te ruego que me excuses’” (Luc 14:16-18).

El segundo se acababa de comprar unos bueyes, y el tercero se acababa de casar. Algunas bodas de este siglo nos pueden alejar de las “bodas del Cordero”. Ambos invitados fueron desechados por el señor, quien ordenó a sus siervos que llamaran en su lugar a “los pobres, los mancos, y cojos, y ciegos”.

“Dijo el siervo: ‘Señor, se ha hecho como mandaste y aún hay lugar’” (vers. 22).

¡Las cinco vírgenes insensatas no fueron dejadas fuera por falta de sitio!

“Dijo el señor al siervo: ‘Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganos a entrar para que se llene mi casa’” (vers. 23).

Esa es nuestra labor: cooperar a que se llene de invitados la fiesta de bodas del Cordero. Alumbrar el camino de los invitados a esa boda sublime.

“Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente (pues el lino fino significa las acciones justas de los santos). El ángel me dijo: ‘Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero’” (Apoc 19:7-9).

- Puesto que no sabemos cuándo ha de venir el Esposo, debemos velar en todo tiempo.
- Nuestra misión es iluminar el camino a la casa del Esposo.
- No es suficiente con tener la lámpara.
- No es suficiente con formar parte de la multitud de los que esperan al Esposo.
- Necesitamos recibir de él con provecho el valioso aceite de su Espíritu.

“El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga: y el que quiere, tome del agua de la vida de balde” (Apoc 22:17).

[www.libros1888.com](http://www.libros1888.com)